

REFLEXIONES PARA UNA INTERVENCIÓN PARTICIPATIVA EN EL MEDIO RURAL (1)

Máximo Bontempo
Universidad Nacional de La Plata (Argentina) /
Universidad Complutense de Madrid (España)
maximobontempo@yahoo.com.ar

Resumen

En América Latina, pobreza, calidad de vida y sustentabilidad son términos ligados estrechamente a la noción de desarrollo, sobre todo en proyectos locales orientados al cambio social. Históricamente han sido –y siguen siendo– las agencias expertas e instituciones vinculadas a la salud, la educación y el medio rural quienes promueven la mayor parte de estos proyectos y operacionalizan las estrategias de intervención.

La oportunidad de participación de los actores involucrados aparece como una de las principales herramientas para favorecer el desarrollo humano, aunque en un importante número de casos esta se lleva a cabo en forma simbólica o se implementa sólo en algunas de las etapas del proceso.

Este trabajo analiza la necesidad de promover la participación plena de los sujetos sociales en los programas de desarrollo y su intervención desde la definición misma del problema hasta el diseño de las estrategias de acción, incluyendo las diferentes instancias de gestión del conocimiento.

Palabras clave: participación, representaciones sociales, comunicación, Desarrollo Humano.

1. Antecedentes

La noción del desarrollo en América Latina aparece íntimamente ligada al paradigma de la modernización, lo constituye. La acepción moderna del concepto apareció en el lenguaje de las relaciones internacionales para designar, por mediación de su contrario –el subdesarrollo– la situación de parte del planeta que hasta ese momento no tenía acceso a las ventajas del progreso.

La expresión nació en la Casa Blanca y pasó a la historia en 1949 cuando Harry Truman, en el conocido punto cuatro de su discurso sobre el Estado de la Unión, concibió a un sector de las naciones del mundo como privado de los alcances de la modernización. A partir de aquí las diferencias entre naciones comenzaron a ser explicadas en términos del grado de desarrollo antes que por la naturaleza básica de cada una.

En marzo de 1961 el presidente John F. Kennedy anunció un ambicioso plan conocido como la “Alianza para el Progreso” que implicaba –en una réplica del Plan Marshall, pero orientado hacia Latinoamérica– el desembolso de 20 mil millones de dólares, los cuales serían destinados en los siguientes diez años a obras de infraestructura y desarrollo.

Este programa de asistencia técnica y financiera para el desarrollo en América Latina puso especial énfasis en tres grandes áreas: la agricultura, la educación y la salud, cuyos intereses apuntaban directamente a la difusión de innovaciones, a las nuevas tecnologías educativas y a la planificación familiar y control de la natalidad, respectivamente.

El conocimiento pasó a ser el motor del cambio, instrumentado por una apoyatura técnica y condiciones de financiamiento que lo hacían viable en un contexto de mercado, regulado por un Estado concebido como la instancia técnico-neutral responsable de ejecutar los imperativos objetivos del desarrollo. Este rol modernizador conferido al sector público se completaría con la creación de agencias expertas de investigación y transferencia de tecnología.

La comunicación masiva también jugaría un papel importante, ya que de la mano del difusionismo (2) se consideraba que los medios de comunicación masivos, por sí mismos, eran capaces de provocar la modernización; las propias Naciones Unidas reconocen, en 1958, el papel decisivo que éstos juegan en la aceleración de los procesos de desarrollo. La tradición, como sinónimo de atraso, se constituyó como uno de los principales obstáculos a sortear.

Con la llegada de la Alianza para el Progreso, el reto pasaba en América Latina por confirmar la hipótesis respecto de que a mayor educación, industrialización y exposición a los medios masivos, mayores serían los niveles de bienestar económico y democracia. Pero al contrario de lo que postulaban los representantes de la nueva sociología funcionalista, el paradigma de la modernización ocasionó una mayor desigualdad, una exacerbación del subdesarrollo y una creciente dependencia externa; más que el cambio tan mentado, el modelo reforzó las condiciones de injusticia preexistentes.

Tampoco fueron de gran ayuda las reformas estructurales puestas en marcha a fines de la década de los ochenta, de acuerdo a los principios establecidos por el Consenso de Washington. Los supuestos del desarrollo bajo la óptica del pensamiento neoliberal quedarían condicionados al crecimiento económico; en la medida en que las principales empresas privadas se fortalezcan y estabilicen la economía, los beneficios del nuevo modelo llegarían al resto de los sectores sociales según la lógica de la teoría del rebalse, lo cual no sucedió.

Hoy, América Latina es el continente líder en desigualdades sociales, desequilibrios territoriales y con la mayor brecha entre ricos y pobres (Galicchio, 2004), situación que amerita una profunda discusión de las alternativas de desarrollo y, fundamentalmente, de las estrategias de intervención implementadas en favor de los sectores más postergados.

2. Discusión

Desde hace algunos años la descentralización y el desarrollo económico local aparecen en nuestros países como los principales enfoques para el desarrollo territorial. Los organismos expertos vinculados a la salud, la educación y el medio rural han tomado partido, en general, por esta perspectiva, en el diseño de sus programas de intervención territoriales (barriales, municipales, provinciales, etc.).

A los fines de clarificar mi punto de vista, entiendo por intervención el “proceso a través del cual se orienta una acción para modificar un estado de realidad identificado intersubjetivamente, ya sea de orden natural –intervención sobre las condiciones del ambiente/hábitat– o social –intervención sobre los órdenes y principios de organización social–” (Cimadevilla, 2004).

A partir de la definición propuesta, considero que la principal herramienta para potenciar el desarrollo humano en cualquier proyecto local es la *participación plena*, condición excluyente

en todo intento honesto y comprometido de cambio social; participación que debe involucrar a los distintos actores en cada una de las etapas del proceso, y cuya importancia aparece mencionada en la mayoría de publicaciones sobre desarrollo, pero pocas veces explicitada.

Si de lo que se trata es de modificar un estado de realidad "identificado intersubjetivamente", ello implica la necesidad de promover la participación de los distintos sujetos sociales involucrados:

- en la definición misma del problema,
- en las instancias de gestión del conocimiento, y
- en el diseño de las distintas estrategias de acción.

2.1. Acerca de la definición del problema

La importancia de la movilización de los actores sociales desde el inicio mismo de las acciones implica la posibilidad de poner en evidencia los distintos conflictos existentes, de someterlos a debate acerca de cómo interpretarlos y solucionarlos. No se trata de evitar la discusión, por el contrario, se trata de otorgar visibilidad a los conflictos reales y, así, allanar el camino hacia el consenso. Si como sostiene Alfaro (2006), lo público es un lugar de reconocimiento recíproco, entonces lo público no es lo homogéneo, sino la expresión de las diferencias sociales y culturales de los distintos actores.

Para el caso de las prácticas intervencionistas ligadas al sector rural, las cuales me interesan particularmente, expondré un ejemplo muy simple de cómo desde la trama cultural, una simple definición puede entrañar dos maneras distintas de dar sentido a la realidad.

En el marco de un *Programa Nacional de Investigación y Desarrollo Tecnológico* que se lanzó en la República Argentina, en 2006, con el objetivo de generar, adaptar y validar tecnologías apropiadas para el desarrollo sostenible de la pequeña agricultura familiar y a partir de la utilización de metodologías de I+D participativa, las distintas organizaciones de productores reunidos en un primer foro nacional, a la hora de definir su propia actividad redactaron en un documento:

"como referencia, vale la pena citar la definición de agricultura familiar correspondiente a la Plataforma Tecnológica del PROCISUR (3), en tanto se trata de una definición consensuada entre equipos técnicos oficiales de los países del MERCOSUR y asociados, *la cual en lo esencial no contradice nuestro concepto aunque está más bien limitada a los aspectos económicos y productivos* (4):

La Agricultura Familiar es un tipo de producción donde la Unidad Doméstica y la Unidad Productiva están físicamente integradas, la agricultura es la principal ocupación y fuente de ingreso del núcleo familiar, la familia aporta la fracción predominante de la fuerza de trabajo utilizada en la explotación, y la producción se dirige al autoconsumo y al mercado conjuntamente".

Y más adelante agregan:

“en nuestro concepto, la agricultura familiar es una ‘forma de vida’ y ‘una cuestión cultural’, que tiene como principal objetivo la reproducción social de la familia en condiciones dignas”.

El ejemplo remarca la importancia de hacer público y compartido el significado que los distintos grupos le otorgan a la acción. ¿Es la agricultura familiar un “tipo de producción” o “una forma de vida”?, probablemente ambas cosas. No se trata de elegir, sino de favorecer la interacción entre los protagonistas, de alentar el debate, la búsqueda de ese punto de equilibrio llamado consenso para la pluralidad de modos de construir la realidad.

Como afirma Arendt (1993) “el fin del mundo común ha llegado cuando se ve sólo bajo un aspecto y se le permite presentarse únicamente desde una perspectiva”.

La interacción social ayuda a solucionar dilemas de acción colectiva animando a la gente a actuar de forma confiada en ocasiones en que, de no ser así, quizá no lo haría [Putnam (2003)]. En suma, se trata de potenciar la creación de *capital social* desde el inicio de mismo de todo programa de acción, de favorecer sus posibilidades para el desarrollo económico, social y cultural.

Otro punto importante que saca a la luz este ejemplo mínimo, es la importancia de trabajar con enfoques integrados en los cuales los aspectos culturales, sociales, ecológicos e institucionales del desarrollo sean considerados a la par de los económicos (Albuquerque, 1999; Kliksberg, 1999; Galicchio, 2004).

2.1.1. Respeto del ejemplo mencionado

La pequeña agricultura familiar abarca cuatro temas de interés y relevancia en un país en desarrollo como la República Argentina, a saber: empleo, pobreza, calidad de vida y sustentabilidad.

La agricultura familiar incide, directa e indirectamente, en los cuatro aspectos mencionados: a través de la absorción de mano de obra en la actividad agrícola; de la retención de la migración del campo a la ciudad (principal aporte para la conformación de los cordones urbanos de pobreza) y a través de la auto-producción de alimentos lo que constituye un aporte a la seguridad alimentaria. Asimismo, la utilización intensiva de recursos naturales que hacen estas unidades productivas –fundamentalmente del suelo– obligadas por su pequeña extensión conlleva al deterioro del medio ambiente y pone en riesgo su propia subsistencia.

Cabe señalar que entre 1988 y 2002(5), se constató la desaparición de 103.405 pequeñas explotaciones agropecuarias (6) con todo lo que ello implica de acuerdo con lo planteado.

2.2. Acerca de la gestión del conocimiento

La globalización, como sostiene Boisier (2005), es una matriz de alta complejidad caracterizada por un alto número de interacciones y dialécticas que describe la actual fase tecnocognitiva del capitalismo en la que, como se sabe, el conocimiento tiene un papel cada vez más preponderante. El desarrollo de innovaciones a alta velocidad que caracteriza a este período

histórico nos introdujo en la llamada “sociedad del conocimiento” y en la preponderancia del saber.

Frente a esta realidad, el dilema para nuestros proyectos locales de cara a los distintos requerimientos es cómo se gestionan la búsqueda del conocimiento, y cómo, la introducción de innovaciones.

2.2.1. Respeto de la búsqueda del conocimiento

Si lo importante, como sostenía anteriormente, es promover la participación amplia de los sujetos involucrados entonces resulta necesario apelar a metodologías de investigación participativas, las cuales podemos definir como procesos de generación de conocimiento basados en el diálogo y en la integración de saberes desde la práctica.

Ahora, existen muchas maneras de integrar esos saberes y ciertamente no se trata sólo de incluir la palabra de los sujetos en el texto científico o de asumir su punto de vista como “objeto” privilegiado de nuestra investigación.

Se trata de “considerar el resultado del proceso de conocimiento como una construcción cooperativa en la que sujetos esencialmente iguales realizan aportes diferentes”, tal como sostiene Vasilachis de Gialdino (2003) en su novedoso enfoque denominado *Epistemología del Sujeto Conocido*. Un “sujeto conocido activo y no pasivo, como siendo y haciendo, no como estando y aceptando, como produciendo conocimiento, no como proveyendo de datos útiles para que otros conozcan”.

La autora no sólo desarrolla una propuesta metodológica basada en el principio de igualdad esencial de las personas, sino que invita a una reflexión acerca de las formas de conocer y, más importante aún, acerca de la utilización del conocimiento producido. El nuestro ¿es un conocimiento orientado al desarrollo o sólo a reproducir la sociedad con sus jerarquizaciones y exclusiones?

No debe pasar inadvertido que la perspectiva recién citada entiende al conocimiento como socialmente construido. Un enfoque que parte de una concepción de realidad que se construye a través de prácticas reales de significación, prácticas sociales que orientan nuestra percepción y conducta.

En general, una parte importante de los enfoques que destacan la importancia del *capital social* en los programas de desarrollo humano local y cooperación al desarrollo está comenzando a adoptar incipientemente esta lógica teórica. La revalorización de la identidad, de la memoria histórica del territorio, de la diversidad y de la producción cultural, destacadas cada vez en más trabajos provenientes de las ciencias económicas, da cuenta de ello.

La evidencia acumulada en las últimas décadas de que el desarrollo no es sinónimo de crecimiento le abrió juego a la cultura en el campo de la economía. García Canclini (2006) se refiere a este cambio de último tiempo en la noción de desarrollo cultural en América Latina, cuando sostiene que la certeza de que “la cultura es un recurso económico para el desarrollo” está acabando con la disyunción entre lo cultural y lo económico.

2.2.2. Respeto de la introducción de innovaciones

En un sentido amplio, se puede definir la innovación como toda “actividad dirigida a la generación, por un lado, y a la aplicación, por otro, de nuevos conocimientos”; definición que contextualiza la acción, en el marco de la búsqueda humana del saber y de su empleo (Kalthoff, O.; Nonaka, I. & Nueno, P., 1998).

Si en el punto anterior se destacaba la generación del conocimiento como un proceso de construcción colectiva dentro de un mundo intersubjetivo, aquí, más aún, es necesario profundizar el enfoque. Las ciencias de la comunicación y la psicología del conocimiento, han dado sobrado testimonio de la complejidad de introducir innovaciones en las distintas formaciones sociales.

Retomando nuestro ejemplo anterior, supongamos que una nueva tecnología –sea de organización o de producción– aparece como factible de ser implementada para la mejora de un aspecto dentro del universo de pequeños agricultores familiares, en una determinada región productiva. ¿Cuál será, para este caso, la diferencia de considerar la actividad como un determinado “tipo de producción” o como “una forma de vida”?

Para el primer caso será suficiente con modificar una acción racional práctica; bastará con reorganizar las tareas que hagan falta, y sus lógicas, de acuerdo con los imperativos de la nueva técnica. El segundo caso será muy distinto, ya que se puede inferir que la acción no se subordinará a la innovación sin un complejo proceso de negociación. Una ‘forma de vida’ remite habitualmente a un entramado de prácticas, reglas y costumbres, determinadas cultural e históricamente, en la que la acción adquiere sentido.

Es evidente la importancia de este proceso de negociación, ubicado entre la generación de un conocimiento y su aplicación. Las investigaciones que desde distintas disciplinas de las ciencias sociales se vienen llevando a cabo desde hace más de medio siglo para comprender los procesos de liderazgo, mediación, intermediación, persuasión, entre otras, encuentran su explicación e interés en esta causa. El análisis de las fortalezas y debilidades de cada uno de ellos daría material suficiente para otro trabajo.

La *teoría de las representaciones sociales* puede explicar mejor la complejidad de este fenómeno. Desarrollada inicialmente por Serge Moscovici (7), este enfoque teórico-metodológico se propone como una *forma de pensamiento social* que posee una lógica y un lenguaje particular destinado a descubrir la realidad y a ordenarla.

Territorio intermedio entre lo psicológico y lo social, entre las categorías del pensamiento racional y las sensaciones, el concepto de representación social designa una forma de conocimiento específico: el saber del sentido común.

Este enfoque, centrado en los componentes de la ideología y los procesos de la comunicación, puede ser caracterizado como un cuerpo de conocimientos prácticos, basado en tradiciones compartidas y enriquecida por miles de observaciones y experiencias concretas de la práctica cotidiana.

Configura una suerte de matriz de conocimientos, elaborada a través de un complejo proceso psicosocial, que es utilizada por todos los miembros de una cultura (Sandoval Moya, 2004).

Dentro de las interacciones personales, las representaciones sociales son una perspectiva de análisis específica, una de cuyas funciones es hacer que lo extraño resulte asequible, traduciendo el mundo de lo científico a lo conocido (Moscovici, 1979; Jodelet, 1986; Farr, 1986; Sandoval Moya 2004). Así, éstas se convierten en un esquema sociocultural de interpretación que permite categorizar lo desconocido, por ejemplo, una innovación.

Estas representaciones se nutren de información a partir de las prácticas comunicativas y de orientaciones globales o predisposiciones, de las prácticas culturales, es decir, tienen su origen en los procesos de interacción de la vida cotidiana; son producto y a la vez proceso: determinan las percepciones de la realidad, a la vez que son determinadas por ella.

Y es en este contexto en el que se da aquella negociación compleja referida anteriormente, espacio que Moscovici, Jodelet y otros denominan 'universo consensual'. Una innovación, justamente por el hecho de serlo, se enfrenta a experiencias, informaciones, conocimientos, tradiciones, valores y creencias que los individuos han ido asimilando cotidianamente. Un verdadero sistema de referencia para la toma de decisiones.

Frente a este panorama, los procesos de desarrollo endógeno pueden tener ciertamente una ventaja comparativa en tanto que el enfoque no pierda de vista el plano de la cultura. La apropiación y revalorización de la identidad socio-territorial dotan de sentido a cualquier proceso que se proponga dinamizar la economía y mejorar la calidad de vida de las personas.

Las conocidas experiencias latinoamericanas de "capital social en acción", de Villa El Salvador, en Perú y las ferias de consumo familiar de la ciudad de Barquisimeto, en Venezuela (8), tienen ese denominador común.

Como afirma Kliksberg (1999), "capital social y cultura pueden ser palancas formidables de desarrollo si se crean las condiciones adecuadas. Su desconocimiento o destrucción, por el contrario, pueden crear obstáculos enormes en el camino hacia el desarrollo".

En la medida en que los proyectos recuperen la socialidad e historicidad de sus territorios y en la medida en que los actores sociales se involucren y discutan cada paso a la búsqueda de consenso, mejores serán las posibilidades de introducir innovaciones. Para el caso de los programas de intervención, debe además agregarse la necesidad de acercar las fuentes de información científica o tecnológica al territorio, como requisito indispensable para favorecer dichos procesos de negociación.

2.3. Acerca de las estrategias

La elaboración de la estrategia territorial es una parte vital para cualquier proyecto o programa de intervención vinculado al desarrollo local. La estrategia es acción, elección, decisión y también, apuesta. Según Morin (2003), "la palabra estrategia no designa a un programa predeterminado que baste aplicar *ne variatur* en el tiempo. La estrategia permite, a partir de una decisión inicial, imaginar un cierto número de escenarios para la acción, escenarios que podrán ser modificados según las informaciones que nos lleguen en el curso de la acción y según los elementos aleatorios que sobrevendrán y perturbarán la acción".

Una vez en movimiento, información e incertidumbre serán entonces las variables decisivas de nuestra estrategia a la hora de marcar el rumbo de las acciones. Morin avanza aún más al afirmar que “la estrategia no se limita a luchar contra el azar, trata también de utilizarlo”. Apreciación que resulta de gran importancia, porque la innovación siempre implica una cuota de riesgo.

Estar preparados para la apuesta es parte de la estrategia, y para hacerlo será necesario obtener la fiabilidad de ciertos elementos ya que la flexibilidad también tiene sus límites.

La participación en este tramo resulta decisiva, ya que en gran parte de ello depende que el proyecto conecte con lo que Rodríguez Villasante (1998) define como “redes de comunicación cotidiana”.

La estrategia territorial requiere, también, de un plan de comunicación orientado a crear conciencia y a legitimar socialmente el programa de desarrollo, lo que redundará en una forma de “empoderamiento” de sus actores.

3. Conclusiones

Las interacciones personales tienen reservado un importante papel para la comprensión de la conducta de los individuos. La respuesta de una persona, o de un grupo, no puede interpretarse sin tener en cuenta su contexto social y cultural, este aspecto es el que le otorga una gran relevancia al análisis de las *representaciones sociales*. El único modo de comprender el significado de la acción es en relación con las “formas de vida” de los sujetos, por ello, toda intervención territorial que busque fortalecer el capital humano y potenciar el capital social, debería partir desde esta lógica.

Sin *comunicación* no es posible el desarrollo. Como sostiene Alfaro “la comunicación permite introducir en el desarrollo una voluntad de compromiso”, porque crea vínculos y porque permite que los sujetos involucrados “produzcan y construyan sentidos de comprensión de sí mismos, de los demás y de la realidad, posibilitando cambios decididos por los propios sujetos”.

La *participación plena* es la principal herramienta para potenciar el desarrollo, ya que asegura nuestros mejores recursos: la sociedad como capital social y el sujeto como actor cultural.

El camino hacia una mejor comprensión de los fenómenos complejos que impone el abordaje de las prácticas socioculturales demanda discusión y notas para una agenda, en donde los problemas relacionados con la calidad de vida, la sustentabilidad del medio ambiente y los requerimientos alimentarios de un planeta en crecimiento condicionan cada vez más al *Desarrollo Humano*.

Notas

Este trabajo fue publicado originalmente en *Questión* N° 14, en junio de 2007.

(1) Trabajo que enfoca el tema de mi investigación de doctorado, realizado sobre la base de una Comunicación presentada al Congreso “El desafío del desarrollo humano. Propuestas locales para otra globalización”, celebrado en Bilbao los días 8, 9 y 10 de febrero de 2007. Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales (Universidad del País Vasco).

- (2) Renovada corriente de la escuela funcionalista de la sociología norteamericana, cuyos referentes teóricos se enmarcaron en el paradigma de la modernización y entre los que se destacaron Wilbur Schramm, Daniel Lerner, Lucian W. Pye y Everett M. Rogers, entre otros.
- (3) Programa Cooperativo para el Desarrollo Tecnológico, Agroalimentario y Agroindustrial del Cono Sur.
- (4) El subrayado es mío.
- (5) Años correspondientes a los últimos dos censos agropecuarios nacionales.
- (6) Fuente: José A Catalano sobre la base del Censo Nacional Agropecuario 1988-2002.
- (7) El autor desarrolla esta teoría a partir del concepto de Representaciones Colectivas de E. Durkheim. El objetivo de su trabajo, plasmado en *Psicoanálisis, su imagen y su público* era mostrar cómo una nueva teoría científica era difundida en una determinada cultura.
- (8) Citadas, en Kliksberg (1999), Rodríguez Villasante (1998), entre otros.

Bibliografía

- ALFARO, Rosa María (2006). *El desarrollo en la agenda pública. Viabilidad del Cambio Social desde Políticas Innovadoras de Comunicación*. Primer Congreso Mundial de Comunicación y Desarrollo. FAO-BM, Roma.
- ALBURQUERQUE, Francisco (1999). *Desarrollo Económico Local en Europa y América Latina*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid.
- ARENDETT, Hannah (1993). *La condición humana*. Paidós, Barcelona.
- BOISIER, Sergio (2005). "¿Hay espacio para el desarrollo local en la globalización?". En: *Revista de la CEPAL N° 86*. pp. 47 a 62, Santiago de Chile.
- BONTEMPO, Máximo (2003). *Historicidad de la comunicación en el INTA. Del paradigma de la simplicidad a la cultura de la complejidad*. Tesis de grado, Facultad de Periodismo y Comunicación Social. UNLP.
- CIMADEVILLA, Gustavo (2004). *Dominios. Crítica a la razón intervencionista, la comunicación y el desarrollo sustentable*. Prometeo Libros, Buenos Aires.
- FARR, Robert M. (1986) "Las representaciones sociales". En Moscovici, S. *Psicología social. (Vol. II). Pensamiento y vida social*. Paidós, Barcelona.
- GALICCHIO, Enrique (2004). "El desarrollo local en América Latina. Estrategia política basada en la construcción de capital social". En: *Seminario Desarrollo con inclusión y equidad: sus implicancias desde lo local*. SEHAS, Córdoba.
- GARCÍA CANCLINI, Néstor (2006). "Últimas noticias del desarrollo cultural". En: *Anales de la educación común*. Tercer siglo, año 2, número 3. pp. 28 a 33. Filosofía política de la enseñanza. Dirección General de Cultura y Educación de la Provincia de Buenos Aires.
- JODELET, Denise (1986) "La representación social: fenómenos, conceptos y teoría". En Moscovici, S. *Psicología social. (Vol. II). Pensamiento y vida social*. Paidós, Barcelona.
- KALTHOFF, Otto; Nonaka, Ikujiro & Nueno, Pedro (1998). *La luz y la sombra. La innovación en la empresa y sus formas de gestión*. Deusto, Bilbao.
- KLIKSBERG, Bernardo (1999). "Capital social y cultura, claves esenciales del desarrollo". En: *Revista de la CEPAL N° 69*. pp. 85 a 102, Santiago de Chile.
- MORIN, Edgar (2003). *Introducción al pensamiento complejo*. Gedisa, Barcelona.
- MOSCOVICI, Serge (1979). *Psicoanálisis, su imagen y su público*. Buenos Aires, Huemul.

RODRÍGUEZ VILLASANTE, Tomás *Cuatro Redes para mejor-vivir. Vol. 1. Del desarrollo local a las redes de mejor-vivir*. Buenos Aires, Lumen / Humanitas. 1998. 286 p.

PUTNAM, Robert D. (ed.) (2003) *El declive del capital social: un estudio internacional sobre las sociedades y el sentido comunitario*. Galaxia Gutenberg, Barcelona.

SANDOVAL MOYA, Juan (2004). *Representación, discursividad y acción situada. Introducción crítica a la psicología social del conocimiento*. Universidad de Valparaíso Editorial, Chile.

VASILACHIS DE GIALDINO, Irene (2003). *Pobres, pobreza, identidad y representaciones sociales*. Gedisa, Barcelona.

MÁXIMO BONTEMPO

Docente e Investigador Facultad de Periodismo y Comunicación Social. Universidad Nacional de La Plata. Doctorando en “*Comunicación, Cambio Social y Desarrollo*”. Facultad de Ciencias de la Información. Universidad Complutense de Madrid.